

TALTALIA®

Revista del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal

Dessain dun Balos vue de côté

A



TALTALIA[®]

Revista del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal

EDICIÓN N° 13, 2020

TALTALIA

Nº 13 2020

MUSEO AUGUSTO CAPDEVILLE ROJAS

Ilustre Municipalidad de Taltal

ISSN impresa 0718-7025

ISSN electrónica 2452-5944

<https://taltalia.hypotheses.org>

Indexada en Latindex, Anthropological Literature, REDIB, DRJI, I2OR, Scientific Indexing Services y ResearchBib

Representante Legal:

Sergio Orellana Montejo

Director:

Rodolfo Contreras Neira

Editores:

Benjamín Ballester

Alexander San Francisco

Comité Editorial:

Agustín Llagostera / Universidad Católica del Norte

Gloria Cabello / Sociedad Chilena de Arqueología e Instituto de Estética de la Universidad Católica de Chile

José Berenguer / Museo Chileno de Arte Precolombino

Cecilia Sanhueza / Investigadora Asociada del Museo Chileno de Arte Precolombino

Sergio Prenafeta / Periodista Científico

Carole Sinclair / Museo Chileno de Arte Precolombino

Héctor Ardiles / Museo de Antofagasta

Andrea Chamorro / Universidad de Tarapacá

Mario Rivera / Chicago Field Museum of Natural History, Icomos-Chile, Universidad de Magallanes

Patricia Ayala / Investigadora independiente

Dirección:

Av. Arturo Prat Nº 5, Taltal, Chile

Teléfono: 55-2611891

revistataltalia@gmail.com

Portada y Contraportada

Portada: Vista de perfil de una balsa de cuero de lobo marino tripulada en las costas de Atacama, posiblemente Tarapacá, el año 1700 (Duplessis 2003: 191, Lám. 28A).

Contraportada: Vista de frente de una balsa de cuero de lobo marino tripulada en las costas de Atacama, posiblemente Tarapacá, el año 1700 (Duplessis 2003: 191, Lám. 28B).

Duplessis 2003. *Périple de Beuchesne á la Terre de Feu (1698-1701). Une expédition mandatée par Louis XIV.* Transboréal, Paris.

Diseño y diagramación:

Sea Contreras

www.cargocollective.com/sealoquesea (sea.contreras@gmail.com)

Corrector de prueba:

Camilo Araya Fuentes

Edición: 300 ejemplares

Impreso en: Andros Impresores

ÍNDICE

Editorial	5
Rodolfo Contreras y Laetitia Gervais Reconocimiento de la etnia de los changos. Antecedentes, perspectivas y cronología del reconocimiento	9 - 29
María Gloria Cornejo La modernización de la pesca en Chile: el panorama internacional y la embestida neoliberal	31 - 43
Alex San Francisco y Benjamín Ballester Una entrevista al antropólogo Horacio Larrain Barros	45 - 72
Mario Rivera El Seminario de Reinos Lacustres en la cuenca del Titicaca, 1973	73 - 91
Damir Galaz-Mandakovic Homicidio infantil, prevaricación y venganza contra un chungunguero. Una microhistoria judicial en Gatico (1922)	93 - 111
Francisco Rivera Una crónica minera en tres actos (Ollagüe, 1884-1992)	113 - 135
Gonzalo Ampuero Brito De La Higuera a El Tofo. Derrotero de dos centros mineros en la penumbra de la historia (notas y reflexiones)	137 - 146
María José Hinojoza Zamora y Diego Cortés Aguirre Área Natural Cerro Perales: propuesta para su integración al sistema nacional de áreas silvestres protegidas del Estado (SNASPE)	147 - 170
Normas Editoriales	171 - 174

UNA ENTREVISTA AL ANTROPÓLOGO HORACIO LARRAIN BARROS

AN INTERVIEW WITH THE ANTHROPOLOGIST HORACIO LARRAIN BARROS

Alex San Francisco y Benjamín Ballester¹

A continuación presentamos una entrevista al eco-antropólogo Horacio Larrain, investigador polifacético, pensador gravitante en el desarrollo de la antropología y arqueología del norte del país. Este diálogo corresponde a un intercambio de preguntas y respuestas a través de correos electrónicos, y en tal sentido carece del “ida y vuelta” propio de una situación presencial. El profesor Larrain accedió gentilmente a nuestra propuesta de establecer esta conversación, la que aunque limitada, nos permitió tener su opinión acerca de algunos temas relacionados al reconocimiento del pueblo Chango como etnia indígena del país, a la cultura costera y sus desafíos sociales y ambientales. Así mismo, algunas preguntas fueron dirigidas a cuestiones de carácter testimonial y de su propia carrera en la investigación, con el objeto de acercarnos a su figura intelectual y su época. Cabe hacer mención que el texto ha sido editado en los casos en que las preguntas pautadas fueron contestadas por otras anteriores o cuando se repetían ciertas temáticas, modificándose solo aspectos formales de la revista y respetando todo lo posible la redacción inicial; además, Larrain colaboró con posteriores aclaraciones y puntualizaciones.

1. Editores de la revista *Taltalia*.

A propósito de sus investigaciones sobre las comunidades costeras del siglo XVI, Ud. ha intentado deslindar una posible identificación de los changos “históricos”, conocidos en términos etnográficos y etnológicos, respecto de las comunidades precolombinas, planteando dificultades para tal identificación. ¿Cómo ve hoy este tema, en relación a sus trabajos de la década de 1970? ¿Cómo analiza este quiebre histórico y las dificultades mencionadas en la consideración de una continuidad cultural entre estas comunidades?

Una cosa es considerar mi concepción del tema en la década del 1960 -fecha de mis primeras exploraciones arqueológicas al norte de la ciudad de Antofagasta- y otra muy diferente mi pensamiento actual. En 1963-1964, cuando recién me iniciaba en este interés por los pescadores-recolectores marinos y sus restos culturales, carecía de formación arqueológica y etnohistórica especializada, y solo me guiaba por mi intuición e instinto, y por las escasas publicaciones que teníamos a la mano en el Museo de la Universidad del Norte. Cuando me integré a dicho museo en 1963, las pocas lecturas de que disponíamos eran la obra de Isaac Arce sobre los *Orígenes de Antofagasta* (1997[1930]), algunos trabajos de Ricardo Latcham, como *Arqueología de la Región Atacameña* (1938); la obra del arqueólogo sueco Stig Rydén, *Contributions to the Archeology of the Rio Region* (1944), algunos trabajos de Francisco Cornely, la obra de Richard Schaedel y Carlos Munizaga, *Arqueología chilena. Contribuciones al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena* (1957) y los trabajos del arqueólogo-sacerdote Gustavo Le Paige. Ese era nuestro pobre repertorio bibliográfico que compartíamos ávidamente entre los miembros del museo.

Pedí ser integrado, desde mi llegada en junio de 1963, al Museo Regional de la Universidad del Norte, que contaba por entonces con un exiguo personal (Ingeborg Lindberg y Bernardo Tolosa Cataldo), ambos especialmente preocupados

de incrementar los especímenes museográficos tanto de índole arqueológica como etnográfica y folklórica para el Museo Regional. Este museo incipiente mantenía en exposición una valiosa colección de piezas históricas, relacionadas con la industria del salitre y, gracias a los asiduos aportes de Tolosa, se enriquecía con objetos arqueológicos colectados por él en sus frecuentes viajes a los pueblos del interior. Tolosa había sido designado por el obispo de Antofagasta, monseñor Carlos Valenzuela, como encargado regional de Caritas-Chile para ir en ayuda de los aldeanos más desamparados, habitantes de los pueblos cordilleranos. En dicho rol, tenía acceso a vehículo y viáticos para visitar todos los poblados atacameños, desde Quillagua en el río Loa, hasta Turi y Toconce, por el norte, o Peine y Tilomonte, por el sur. A estos viajes se sumaban a veces, además de Lindberg, el arquitecto Carlos Contreras, gran colaborador del Museo Regional y el joven profesor de francés, el belga André Marcel D'Ans, mucho más tarde connotado lingüista en las selvas del Perú.

Tuve la suerte de acompañar a Tolosa en varios de sus viajes al interior de Antofagasta, entre ellos, viajes a la localidad de Toconao, donde Contreras y Lindberg ya habían iniciado contactos con artesanos atacameños, consumados maestros en la talla de la piedra para construcciones, iniciándoles e incitándoles a tallar objetos pequeños de artesanía en piedra volcánicas de liparita, en los que se les

sugería representar escenas de su propia vida cotidiana. Contreras, hacía poco tiempo había reclutado a artesanos de Toconao para que le labraran los muros de la flamante Hostería de San Pedro, perteneciente a la Honsa (Hotelera Nacional Sociedad Anónima), de cuya construcción estuvo encargado en su calidad de arquitecto. De aquí nació su contacto con los más hábiles artesanos toconares. De esta suerte, Contreras, Lindberg y Tolosa han de ser considerados -y así se les considera hoy día- como los primeros “inspiradores” e “impulsores” de la artesanía atacameña en piedra liparita.

Asistí varias veces a estos diálogos entre ellos y los futuros artesanos en los que se les inducía o sugería representar en la piedra sus escenas hogareñas más preciadas. Así nacen las típicas figuras de la torre de la iglesia de Toconao, la mujer tejiendo en su telar al suelo, la mujer con un jarro de greda al hombro o portando a su niño envuelto en su llijlla a su espalda, etc. Para afianzar el desarrollo de esta artesanía popular naciente, con fondos *ad hoc* de Caritas-Chile, Tolosa les compraba los ejemplares que consideraba mejor logrados, los que pronto serían presentados en las vitrinas de nuestro Museo Regional, engrosando el catastro de objetos etnográficos, o serían vendidos a interesados de la ciudad. Así, asegurada inicialmente su venta, nace y se nutre el incipiente interés de artesanos atacameños por elaborar y dar forma a sus figuras típicas.

Después de Toconao, serán Caspana, Peine y Cámar los sitios donde “prende” con mayor facilidad esta artesanía que se ha mantenido, con altibajos, hasta hoy. A la liparita original de color gris, característica de las canteras próximas a Toconao, se agregarán posteriormente otros

tipos o variedades de piedra volcánica de colores café, blanco o blanco sucio. Muchos años más tarde, en mi segunda permanencia en Antofagasta (años 1984-1993) obtuve un proyecto FONDECYT dedicado a promover y fomentar los Comités de Artesanos entre los pobladores de varios pueblos *Lickan Antai* o atacameños. Ahí sí tuve una intensa actividad y trato con artesanos atacameños, hombres y mujeres, y me interesé vivamente por el folklore regional y sus producciones. Incluso recluté, para la Feria de Artesanía Tradicional de la Universidad Católica del Parque Bustamante, artesanos/as atacameño/as expertos/as en textiles y en piedra liparita para exponer sus objetos en Santiago. Viajé con ellos en más de una ocasión a la capital desde Antofagasta donde residía (1984-1990).

Este largo *excursus* sólo tiene el interés de mostrar qué nos interesaba por entonces (1963-1965) y cuáles eran nuestros objetivos concretos: el enriquecimiento del museo y sus colecciones, y su exposición al público era claramente la tarea principal. Todo lo demás nos parecía entonces muy secundario o, tal vez, lejano. Carecíamos por entonces de la *expertise* antropológica conseguida años después como fruto de nuestros estudios. Las pequeñas publicaciones de Tolosa sobre arte rupestre y las de Lindberg sobre etnografía y folklore atacameño, editadas rústicamente en nuestro museo, fueron un fruto secundario de las salidas a terreno promovidas por Caritas-Chile.

Yendo ahora “directamente al grano”, respecto a la posible diferencia de enfoque nuestro entre el estudio de la cultura de los changos según las fuentes arqueológicas e históricas, y el presente de dichas comunidades supervivientes y su recentísimo proceso de re-etnificación,

quisiera decir algunas palabras de explicación.

En primer lugar, mi interés por los changos y los primeros pescadores-recolectores marinos surgió del hallazgo casual, a partir de julio de 1963, de numerosos conchales arqueológicos al norte de la ciudad de Antofagasta (figura 1). Mis primeras salidas de excursión a la pampa aledaña a la ciudad, sin embargo, tuvieron por motivación un interés primariamente biológico y entomológico. Ni



Figura 1. “Registro y documentación de los sitios arqueológicos de los pies de Cerro Moreno, diciembre de 1964”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología.blog-spot.com

sospechaba entonces el posible hallazgo de objetos arqueológicos. Había recibido una breve formación biológica y entomológica en cursos seguidos en la Universidad Católica de Valparaíso (1953-1955) y me interesé mucho en la entomología, afición que me inculcó mi amigo el entomólogo Luis Peña Guzmán, con quien había salido a terreno muchas veces. Así, pues, a mi llegada a Antofagasta, el frasco de cianuro para la captura y la red de insectos fueron mis primeras armas. Muy pronto mandé hacer una caja para el primer insectario, sospechando que las quebradas vecinas podrían aportar algunos

especímenes de interés. Lo que efectivamente pronto ocurrió. Y así, en el Museo Regional pude exponer con orgullo las primeras colectas entomológicas fruto de mis salidas a terreno. Allí primaban los coleópteros, encontrados por mí a la entrada de la quebrada de La Chimba al pie de viejos ejemplares de cactus columnares del género *Eulychnia* (cfr. Larrain 2008a, 2020a).

En mi primera salida, recuerdo, tomé un bus hasta el hipódromo y desde allí partí solo, a pie hacia el norte, sin rumbo fijo, mochila al hombro; llevaba conmigo unos sándwiches, algo de fruta y agua. Vi algunas escasas plantas hacia la base de los cerros... Pero pronto tropecé con las primeras lascas y las abundantes conchas de un típico conchal arqueológico. Los conocía bien, pues en la casa de campo de los jesuitas en Las Brisas (sur del balneario de Santo Domingo, región de Valparaíso) había aprendido a reconocerlos y a buscar en ellos puntas de proyectil y/o cerámica tosca. Allí, mi amigo el sacerdote jesuita Enrique Álvarez Castro me había enseñado a reconocerlos y observarlos. Pronto hallé en mis salidas cerámica y artefactos líticos, y me olvidé por un momento de la entomología y de la botánica. Surgía un nuevo campo de interés para mí y para el Museo Regional. Y decidí seguir buscando conchales arqueológicos para coleccionar sus piezas características. En mis cuadernos de campo², que aún conservo, dibujé los primeros croquis de los conchales que descubría. Mi primera publicación en arqueología fue fruto de esos meses de intensa búsqueda de fin de semana (Larrain 1966). En un principio, me atrajo en especial el estudio de la cerámica, simplemente porque era el elemento más abundante en dichos sitios.

2. Cuadernos de Campo N° 1-A y 1-B.

Muy pronto hallé fragmentos cerámicos de las culturas de Arica, de San Pedro de Atacama y de la zona Diaguita, hallazgos que aguijonearon aún más mi curiosidad arqueológica.

Como los autores que leíamos daban ya por desaparecidos y extintos de larga data a los pescadores changos, siguiendo en ello a Max Uhle, Ricardo Latcham o Augusto Capdeville, y como tampoco tropezábamos con pescadores de talante indígena en nuestras correrías por la costa, nunca nos llegamos a plantear siquiera la posibilidad de una persistencia de familias que pretendieran remontar sus orígenes a los changos. En nuestra zona de observación en esos años, entre Mejillones y Hornitos por el norte, y caleta Coloso por el sur, no recuerdo haber topado nunca con moradores de la costa, ni siquiera huieros o recolectores de algas (huiros) por aquellos años. A través de nuestras visitas periódicas a San Pedro de Atacama y los pueblos atacameños del Salar de Atacama, habíamos conocido de cerca, en cambio, a los atacameños, sus pucarás, sus leyendas, sus cánticos ceremoniales y sus costumbres, fielmente relatadas por Latcham y por el P. Le Paige en sus obras. De su ancestro indígena no cabía duda alguna. Y, de hecho, años después, tuve una activa participación en el reconocimiento como etnia indígena propia de Chile de los *Lickan Antai* o atacameños, habiendo expuesto ante una comisión *ad hoc* del Senado de la República mis argumentos en tal sentido. La adopción del término “etnia” en lugar de “pueblo” (término que era resistido por los legisladores por considerarlo muy amplio y ambiguo), fue una sugerencia mía por entonces, la que finalmente fue adoptada.

Nada semejante había, sin embargo, en la costa donde hallaba diseminados

los antiguos conchales, abandonados hacía siglos (figura 2). Ni siquiera la notable aguada de Cerro Moreno, que tuve oportunidad de conocer y examinar en diciembre de 1964 (figura 3), era visitada y concurrida, como antaño, por los pescadores o pequeños pirquineros locales, tal como nos lo describe el capitán chileno Luis Pomar hacia 1885 (2008a, 2019b, 2020a).



Figura 2. “Excavaciones del conchal ubicado justo sobre la aguada de Cerro Moreno, diciembre de 1964”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología.blogspot.com



Figura 3. “Aguada de Cerro Moreno, diciembre de 1964”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología.blogspot.com

Realicé en aquellos años (1963-1965) una visita a la zona de Paposo y caleta El Cobre, sitios descritos prolijamente por el naturalista Rodolfo A. Philippi. Pero por entonces no conocía las obras de Philippi, especialmente su *Viage al desierto de Atacama* (1860). Hasta recuerdo haber comprado algunas puntas de flecha indígenas, que me vendieron unos pescadores en Taltal. Pero, aunque vi algunos “rucos” muy pobres de pobladores en Paposo, no indagué más sobre sus antiguos habitantes. Tal cosa no estaba en mis propósitos por entonces. Tampoco visi-

té las aguadas costaneras, lugar de residencia preferida por los changos. Nadie podía siquiera imaginar en aquellos años que hubiese sobrevivientes y/o descendientes directos de los antiguos changos. Por lo demás, la búsqueda y exploración etnográfica no constituía, en esos años, mi interés principal. Vi unos pescadores en Taltal, pero nada hacía presagiar que fueran ellos u otros, de raíz Chango. Eran simplemente, a nuestros ojos, pescadores pobres, como se les podía ver y observar en muchos lugares de la costa de Chile.

Por otro lado, Ud. da a entender la muerte del “pueblo Chango”, a partir principalmente de la desaparición de las aldeas costeras, las transformaciones económicas, las nuevas actividades laborales, como la minería, entre otros factores. ¿Qué opinión le merece ese proceso de extinción, por supuesto, muy oscuro en la historia del norte de Chile?, ¿qué relaciones ve con las comunidades costeras del siglo XVI respecto de los siglos posteriores, hasta los albores del período republicano?

Yo, como tantos otros investigadores en esos años, como Pedro Cunill (1961), Grete Mostny (1954, 1964), entre muchos otros, dábamos por supuesta la extinción del grupo cultural Chango cuyos últimos descendientes habían sido observados por Augusto Capdeville en la zona de Taltal, en la década del 1920-1930. De hecho, estos autores no hacían otra cosa que seguir las expresiones del “maestro”, el historiador Diego Barros Arana (1875), quien en su artículo *Geografía etnográfica. Apuntes sobre la etnografía de Chile*, había señalado explícitamente que este grupo se consideraba ya extinguido, habiéndose incorporado y mezclado con la población chilena, dedicándose más a la minería que a la pesca (cfr. Larrain 1987: 54-56, y especialmente la tabla II).

En tiempos históricos, los pescadores recolectores changos del norte de Chile no constituyeron “aldeas” o “pueblos”

propriamente tales, a excepción, tal vez, de algún lugar muy puntual como en el caso de las desembocaduras de los ríos permanentes del extremo sur peruano, donde son descritos por el cronista Vásquez de Espinosa hacia los años 1617-1618 (cfr. Larrain 1974).

Su sistema de movilidad trashumante a lo largo de la costa, en procura de la huidiza pesca, (siguiendo especialmente los cardúmenes del congrio) hacía prácticamente imposible un modo de vida aldeano, de carácter sedentario. Ya lo observó agudamente el ingeniero francés Amédée-François Frézier en su visita a Cobija en el año 1713, señalando que a veces son más las cabañas y a veces, menos pues echan en sus canoas los cueros de lobos marinos de que forman sus cabañas para instalarlos en otra caleta. La actividad de la pesca les obligaba en cierta manera a llevar una vida trashumante. Pues to-

dos eran pescadores. Esta trashumancia costera empieza a cambiar cuando son contratados sea como mineros, sea como arrieros para hacer contacto con las ciudades del interior. Tan tardíamente como el año 1841, los misioneros católicos que evangelizan la hacienda del Paposo nos describen certeramente este carácter trashumante de sus familias, dedicadas por entonces a la pesca del congrio para surtir de “charquecillo” a las poblaciones del interior (cfr. Larrain 2020b, en prensa).

Se lee entre sus reflexiones sobre las comunidades llamadas camanchacas o changas, un intento de determinar sus rasgos culturales fundamentales, orientados al esclarecimiento de la identidad cultural, cuando todavía se discutía muy poco de estas poblaciones, etnológicamente hablando. ¿Cómo observa el desarrollo del debate acerca de las comunidades costeras históricas y contemporáneas? ¿Cómo analiza el reconocimiento de la etnia changa tratado recientemente en el Senado³?

Para mí, el reconocimiento de una determinada etnia o pueblo indígena pasa, necesariamente por el examen y cuidadoso escrutinio de su cultura propia indígena. En mi artículo relativo a este tema del reconocimiento o reciente del pueblo Chango (2019a), se dan las razones de tipo antropológico e histórico por las que me inclino a mi decisión final allí fundamentada. En resumen, salvo que hayan sobrevivido en algunos sectores apartados del Norte Grande familias que se auto-reconozcan como changas y que en su repertorio cultural demuestren poseer diferencias significativas de carácter cultural con las poblaciones costeras aledañas, mi opinión ha sido que debería considerárseles extinguidos en nuestras costas y desde hace mucho tiempo. Extinguidos en cuanto forma de cultura apar-

Después de Frézier, Pedro Vicente Cañete y Domínguez, gobernador interino de Potosí, en su riquísima descripción del Puerto de Santa Magdalena de Cobiya, apunta claramente a esta vida trashumante de sus pobladores changos y a su producción de “charquecillo”, alimento esencial con que abastecen a las poblaciones del *hinterland* (cfr. Cañete y Domínguez 1974[1791]).

te, diferente de la de sus vecinos blancos, no como grupo genético particular.

Allí establezco el principio general básico de que la mera posesión de rasgos genéticos, derivados de un ancestro Chango o aún de la muy anterior cultura Chinchorro (mediante análisis de su ADN mitocondrial), no constituye argumento para decidir una pertinencia étnica actual. El *ethnos* no es ni puede ser un puro mecanismo genético; es, ante todo, cultural, lo que le otorga la categoría de ser un “pueblo” en un territorio propio. Todos los historiadores, desde los tiempos de Heródoto, identifican pueblo con una forma de cultura determinada en un espacio físico determinado que consideran como propio. Y, obviamente, la cultura no depende de los genes que se poseen. Incluso puede haber –y ha habido– pueblos con culturas diferentes, pero sin embargo de un mismo origen genético. El registro genético puede ser muy interesante y

3. A la fecha de la entrevista no había sido votada la Ley N° 21.273 que modifica la Ley N° 19.253, y establece el reconocimiento del pueblo Chango como etnia indígena (N. de los E.).

de hecho lo es (piénsese en la interesante discusión actual en Europa sobre la antigüedad del *Homo sapiens* y sus relaciones con los Neandertales o Denisovanos) desde el punto un vista biológico y biogeográfico, como elemento traza probativo de antiquísimas relaciones o migraciones geográficas, pero no constituye ni puede constituir argumento etnográfico o etnológico.

La etnografía describe a un determinado pueblo en razón de sus rasgos culturales propios y diferenciadores (lengua, religión, costumbres, economía básica, sistema de parentesco, etc.); la etnología establece relaciones culturales entre pueblos, vecinos o lejanos, en función de la posesión de rasgos que les son comunes o próximos. Pero ambas, etnografía y etnología, son formas de expresar y comprender la presencia constatada de un

repertorio cultural propio y característico. El trabajo etnográfico, precisamente, consiste en captar y registrar la especificidad cultural del grupo respectivo, sea en su forma de relacionarse con el medio ambiente natural, con sus propios semejantes, o con las deidades reconocidas como seres superiores.

La gran pregunta, pues, que se tiene que hacer el etnógrafo en el caso que nos ocupa es cuáles son los rasgos culturales propios y distintivos, diferenciables de los vecinos, aun cuando practiquen el mismo tipo de economía de subsistencia (como la pesca). ¿Se da esta marcada diferencia en el caso de los pescadores de Chañaral de Aceitunas, presuntamente descendientes de antecesores Chango de la misma zona? Esta es la cuestión decisiva a mi modo de ver en este tema.

Dentro de este mismo debate ¿Por qué cree usted que parte de quienes viven hoy a orillas del mar en el norte de Chile se reconocen de forma colectiva como miembros de una misma etnia? ¿A qué se debe que en la actualidad la identificación como changos sea más significativa? ¿Qué cambió?

Pienso que este notable cambio puede haber sido gatillado por varios factores:

En primer lugar, la existencia de la Ley Indígena N° 19.253 a partir de 1993 protege en forma especial a los pueblos que el Estado chileno considera indígenas, esto es, descendientes directos de los antiguos grupos que poblaron el territorio nacional a la llegada de los españoles. Al abrirse esta puerta al reconocimiento de los grupos culturales de origen indígena, se dio una posibilidad concreta de acceder a esta ley protectora y sus beneficios. La Ley Indígena N° 17.729 promulgada por el presidente Salvador Allende en 1972 contemplaba prácticamente la existencia

de solo un par de agrupaciones indígenas, poniendo todo el acento en el mundo Mapuche y proponiendo especiales beneficios, sobre todo de carácter agrario.

Nosotros mismos, estando en Antofagasta y en contacto asiduo con las comunidades atacameñas del interior, a partir del año 1984, propiciamos y defendimos el carácter indígena del pueblo *Lickan Antai* cuyas antiguas costumbres habíamos estudiado en terreno. Me tocó defender en una sesión especial ante un grupo de senadores los argumentos en este sentido. Los atacameños fueron después reconocidos como etnia indígena tal como defendimos nosotros entonces (hacia

1984-1985) en la Ley Indígena N°19.253 promulgada por el presidente Patricio Aylwin, el año 1993. La Ley Indígena reconoció, finalmente, tras la presentación de la argumentación respectiva por parte de los investigadores, a los siguientes pueblos o etnias indígenas: Aymara, Rapa Nui, Mapuche, y las comunidades Atacameña, Quechua, Colla, y en el extremo sur del país, a las comunidades Kawashkar y Yámana (Yagán).

Otro punto importante es que en los censos de Chile se preguntó, hasta el año 2017, por la adscripción personal a alguno de los grupos indígenas del país. Esto se prestó a abusos, pues el número total de indígenas fue “inflado” artificialmente y carecía, por tanto, de valor científico. Nos consta de ello, pues estudiantes nuestros se vanagloriaban de haberse auto-declarado como indígenas. Ni siquiera estudios concienzudos del ADN mitocondrial podrían subsanar este error manifiesto, pues no es la genética -como hemos dicho- sino el tipo de cultura y sus manifestaciones, lo que decide en este caso. Tales números, en consecuencia, no resisten el menor análisis, y sólo contribuyen a complicar el panorama étnico nacional.

Debemos considerar también que los estudios sobre el indigenismo en Chile, aunque datan de los primeros trabajos del médico letón Alejandro Lipschutz (1883-1980), se incrementaron sobre todo

a partir de la Reforma Agraria del presidente Eduardo Frei Montalva (1967), creándose un inusitado interés y preocupación por la situación desmedrada de los grupos indígenas y sus actuales condiciones de vida. En particular, antropólogos sociales, sociólogos, arqueólogos y algunos historiadores se interesaron por el tema, iniciándose tesis e investigaciones de campo con el objeto de descubrir o re-descubrir la supervivencia de culturas indígenas aparentemente ya desaparecidas. Así van apareciendo en escena comunidades o grupos de familias que se consideraba extintas como Onas, Kawashkar, Yaganes, y en el norte, Quechua, Colla y Diaguita.

A mi modo de ver, ha sido el especial interés de antropólogos y arqueólogos y sus alumnos tesis de las universidades del país los que, recientemente, han puesto sobre el tapete el problema Chango, y su posible sobrevivencia como pueblo hasta el día de hoy. El hallazgo por el arqueólogo Hans Niemeyer (1965/1966) del pescador Roberto Álvarez en la caleta Chañaral de Aceitunas (región de Atacama) en el año 1965, quien aún recordaba el modo de fabricar las balsas de cueros de lobos marinos al estilo tradicional Chango y quien construye, a pedido de Hans, una balsa, ha despertado sin duda alguna, entre sus descendientes, el interés por revivir y resucitar sus antiguas tradiciones.

En su trabajo de exploración de la costa chilena y sur peruana, ¿Cuál ha sido su contacto con pescadores, en términos etnográficos? ¿Cómo ha visto el devenir de las comunidades actuales de pescadores, mariscadores, huireros? En este mismo sentido, ¿cómo ve la situación de los pescadores artesanales, y el estado de la pesca en Chile, sobre todo respecto de fenómenos como la sobreexplotación, la pesca de arrastre o el destronque de algas?

He topado muchas veces con pescadores, mariscadores o huireros en la costa. También he tenido algún contacto con crianceros de cabras en la zona de caleta Temblador o Chungungo. Pero estos contactos han sido más bien ocasionales y no han obedecido a un estudio específico de carácter etnográfico. Tuve la intención de estudiar a algunos ermitaños u hombres generalmente solitarios que vivían del mar y sus productos, pero no se dio la ocasión propicia para ello. En este tipo de contactos, mi interés fue más bien biológico y ecológico, al observar y recoger información sobre el uso y empleo de plantas litorales o algas, desde el punto de vista de su explotación o depredación humana mediante su extracción masiva con fines estrictamente comerciales, como en el caso de la alga parda *Lessonia nigrescens* al sur del río Loa, para su exportación al Japón. La corta y colecta sistemática de algas marinas en la costa tiene efectos nocivos en la pérdida de la diversidad biológica, por cuanto numerosos seres vivos (peces, crustáceos, celenterados, insectos y aún aves) viven y se nutren en ese ambiente que, al desaparecer por efecto de la colecta sistemática y frecuente, se termina eliminando esos seres que son muy importantes en la mantención de la cadena trófica costera. La desaparición de algunas especies puede acarrear la muerte de toda una cadena de vida presente actualmente en la zona litoral.

La situación de los pescadores artesanales en las caletas costeras es hoy muy

compleja, a pesar de la conformación de zonas exclusivas de crianza y cultivo de mariscos (locos, almejas, etc.). Su población siempre va estar muy limitada por el difícil y caro acceso al agua potable de buena calidad y a los alimentos esenciales que hoy no pueden producir *in situ*. Este tema, a mi modo de ver, se vincula estrechamente con la posibilidad de que estas comunidades costeras puedan tener derechos de acceso directo e ilimitado al agua de la niebla o camanchaca, que se produce en los altos de muchos sectores de nuestras montañas costeras (en los llamados “oasis de niebla”). He sido siempre de la opinión, y lo he expresado varias veces, que estas caletas ubicadas en o cerca de puntas litorales o salientes de nuestra línea costera deberían llegar a tomar posesión y disponer de los cerros vecinos y sus cimas donde se deposita la niebla productora de agua para su captación y explotación en su propio beneficio. Porque, al igual que en tiempos prehispánicos, este *hinterland* costero es y fue parte de su “territorio ancestral”, en el sentido de que el hombre antiguo subía a los oasis de niebla a abastecerse de varios productos vegetales o animales (como la caza del guanaco en Alto Patache, Paposo o Cerro Moreno).

¡Ojalá se tenga en cuenta esta premisa básica, de tipo geográfico y climático, cuando se tenga que trazar, en términos espaciales, los alcances y límites del “territorio” de la etnia Changa! Si se les deja confinados a un territorio que comprende tan sólo parte de la terraza marina y al

área litoral, se estaría violando y/u olvidando uno de los rasgos más característicos del modo de habitar Chango: su fácil y frecuente acceso a los cerros vecinos en busca de otros recursos que el mar no les ofrecía ni podía ofrecerles.

Son los ecólogos y biólogos marinos los que tienen aquí la palabra, junto a los geógrafos y antropólogos culturales y sociales, siempre que éstos posean una sólida formación ecológica. Para mí, la ecología y sus exigencias ambientales son absolutamente inseparables de un estudio de tipo estrictamente económico, social o antropológico. Y esta falta de consideración ecológica es o ha sido, a mi juicio, la responsable del fracaso de muchos proyectos de desarrollo local, máxime en la zona costera, en los que solo se ha considerado el mar como su único medio de subsistencia.

Un aspecto muy digno de ser considerado en el futuro de la economía pesquera de las caletas de pescadores, es el arribo periódico de los llamados “Fenómenos del Niño” (ENSO) con su devastadora secuela de destrucción de algas costaneras y la desaparición por un tiempo de los cardúmenes de peces habituales a causa de la fuerte elevación de la temperatura del mar. Este fenómeno es recurrente, se presenta cada cierto número de años (cada 5-7 o 10 años) y produce daños de consideración en todos sus sistemas de captura o en sus cultivos marinos. La aparición periódica de este fenómeno en nuestras costas debido al cambio de posición del Centro de Altas Presiones del Pacífico, es un dato generalmente olvidado debería formar parte de la realidad económica de estas comunidades, y que, por su importancia, debería obviamente formar parte de cualquier plan de desarrollo a largo plazo.



Figura 4. “Horacio Larrain midiendo un pequeño atrapanieblas de 50 cm x 50 cm en el sector más elevado de Cerro Guanaco (1.180 msnm)”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología.blogspot.com

El cultivo de vegetales (verduras de toda índole) es una alternativa perfectamente viable que deben aprender a manejar, si tienen acceso propio a la producción de agua mediante atrapanieblas instalados en las cimas de los oasis de niebla de la cordillera de la Costa. Nuestra experiencia de realizar pequeños cultivos en el oasis de Alto Patache en este aspecto, fue muy exitosa y demuestra la factibilidad de esta iniciativa (figura 4). En suma, creemos que el agua de la niebla es un producto accesible a muchas caletas, tanto para su consumo como agua potable, como con fines agrícolas o piscícolas. En el caso concreto de las caletas situadas en la zona costera de Tarapacá, desde Pisagua al río Loa, prácticamente todas tienen un oasis de niebla en sus proximidades, en su *hinterland* inmediato (Junín, Bajo Molle, Los Verdes, Alto Patache, Río Seco, Chanabaya, Chipana), y al sur del río Loa (Punta Arena, Mamilla, Cobija, Morro Moreno, Caleta El Cobre, Paposo, Taltal).

Este recurso, hasta ahora explotado en Chile solo en su etapa experimental

(y científica), estamos ciertos que podría ser, un día no lejano, de gran beneficio para la mayor parte de las caletas pesqueras de la zona norte del país, recurso muchísimo más económico que la instalación de grandes plantas desalinizadoras de agua de mar, las que, por lo demás, venderían sólo a muy buen precio el agua potable que refinan a sus clientes, los pescadores de las caletas. El dilema en este caso es quién se apodera primero de los potentes oasis de niebla: si las grandes empresas o el Estado, para subvenir a las necesidades de agua de excelente calidad a muchas de sus caletas pesqueras. Hemos trabajado con geógrafos de la Universidad Católica de Chile alrededor de 20 años (1996-2016) en este tema en la región de Tarapacá, y algo hemos aprendido al respecto (figura 5).

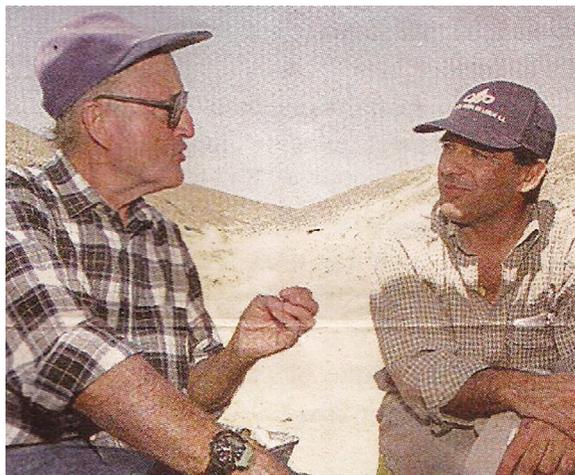


Figura 5. “Horacio Larrain en la inauguración del proyecto Alto Patache, año 2000”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología.blogspot.com

En cuanto a la localidad de Paposo, uno de los principales reductos de la biodiversidad costera de la región, y desde tiempos antiguos un paraje de comunidades changas, todavía un pequeño poblado en relativo aislamiento de centros urbanos importantes. ¿Cómo ve la situación de Paposo, la necesidad de resguardos socio-ambientales, teniendo en cuenta la fragilidad de su biota?

Paposo es una de las localidades costeras (caletas) que posee uno de los oasis de niebla muy potentes del norte del país. Esto se refleja en la existencia de un riquísimo ecosistema de lomas, tal vez el más valioso e interesante de Chile por su superficie tanto por el número y la variedad de especies nativas endémicas allí existente, como por la cantidad de agua de niebla que es dable recolectar en las zonas altas, gracias a la presencia perenne de la camanchaca. Son numerosos los estudios sobre su notable flora, a partir de los trabajos de Ricardi (1957) (figura 6). Hemos mostrado igualmente, hace algunos años, en forma comparativa, la gran productividad de agua de niebla en este sitio de Paposo con respecto a otros si-

tios de niebla. En efecto, con otros colegas (geógrafos, ingenieros y físicos) presentamos un trabajo comparativo de los montos de producción de agua de niebla entre varios oasis de niebla del extremo norte, donde se puede verificar la importancia relativa de Paposo entre los 5 oasis de niebla más estudiados en el norte de Chile (*cf.* Larrain *et al.* 2002). La productividad medida en litros/m²/día [l/m²/d] entre el mayor productor (Cerro Moreno) y el oasis de Paposo, es 8,26 l/m²/d *versus* 3,36 l/m²/d. En cambio, el lugar Falda Verde (cerca y al norte de Chañaral), situado a una altitud bastante inferior, de sólo 600 msnm, obtiene una media diaria de 0,9 l/m²/d. La diferencia de altitud aquí es, pues, muy importante. Mientras



Figura 6. “Ejemplar de la cactácea *Copiaoa* sp. presente en abundancia en la terraza marina baja, a pocos metros sobre el nivel del mar, en el trayecto entre Taltal y Paposo, año 1981”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología. blogspot.com

el aparato en Cerro Moreno fue puesto a 1150 msnm, en Paposo fue solo a 750 msnm, pues aquí la montaña próxima solo tiene dicha altitud máxima. A mayor altitud (hasta aproximadamente los 1.100 msnm donde comienza hacia arriba la “capa de inversión térmica”), se da siempre una mayor productividad de acuerdo a nuestra experiencia.

Por estas razones, tanto de tipo climático como de tipo vegetacional, además de las razones de tipo antropológico-cultural, concluimos con los ecólogos que este lugar debería ser protegido de modo particular, evitando a toda costa la ins-

talación allí de fábricas o usinas que utilicen combustibles fósiles. Más aún, este lugar debería ser declarado zona protegida en calidad de “Parque Nacional” con los mismos o mejores argumentos y atributos con que ha sido erigido el “Parque Nacional Morro Moreno” al norte de la ciudad de Antofagasta el año 2010. Paposo es entonces un excelente oasis de niebla un sitio privilegiado para los estudios referentes a la obtención de agua de la niebla, así como para el estudio del endemismo propio de su flora y fauna peculiar (figura 7).



Figura 7. “Ejemplar de *Copiapoa cinerea* ssp. *haseltoniana*, cactácea que crece vigorosa en la terraza marina de la zona litoral entre Taltal y Paposo, a veces a muy corta distancia de la línea de la más alta marea”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología.blogspot.com

Al analizar sus publicaciones y trayectoria de investigación, uno de los elementos que más destaca es su apertura a trabajar en distintos campos: etnohistoria, geografía, folklore o botánica, son algunos de los saberes que confluyen en sus investigaciones. ¿Cómo entiende las relaciones de la antropología y la arqueología con otras disciplinas? ¿Cómo ve su situación actual en Chile en el marco de las ciencias contemporáneas?

Mi contacto y relación con otros investigadores del área de la historia, geografía, biología, botánica, zoología o física se debió casi siempre al azar. Desde la época del colegio, sentí una enorme atracción tanto a la historia como a la biología y Ciencias Naturales, ramos en los que obtenía las mejores calificaciones. En 1953, como profesor en el Colegio San Ignacio, tuve la suerte de conocer y tratar al entomólogo Luis Peña Guzmán, cuya maravillosa colección entomológica conocí de cerca. En ese tiempo, empecé mi propia colección de insectos, siguiendo su ejemplo. Peña me conectó con investigadores botánicos como don Hugo Gunckel, Gualterio Looser o Theodoro Drahten y con zoólogos como Guillermo Kuschel, José Herrera o Rafael Barros Valenzuela y frecuenté, ya en esa época, reuniones de una prestigiosa Academia de Ciencias que albergaba la Universidad Católica en Santiago. En esa academia asistí a conferencias de connotados antropólogos como el P. Martín Gusinde, estudioso de los indios fueguinos, o Alejandro Lipschutz, médico dedicado en Chile a los estudios indigenistas, especialmente al tema racial de las tribus fueguinas. Estas investigaciones sobre los indígenas de Tierra del Fuego me impresionaron fuertemente. Cuando como joven jesuita llegué a Alemania a estudiar Teología Católica (1955-1959), lo primero que compré fue el *Kosmos Lexikon* y me suscribí a la revista alemana (*Zeitschrift*) *Kosmos* de la Sociedad de Amigos de la Naturaleza en Alemania, editada en Stuttgart. En 1960, en Nueva York, estuve inscrito en la Univer-

sidad de Fordham para estudiar biología, lo que por entonces no pude concretar. En cierto sentido, pues, me considero un biólogo frustrado.

En 1963-1964, estando como joven profesor en la Universidad del Norte en Antofagasta, realicé los primeros descubrimientos arqueológicos en conchales ubicados cerca de la quebrada de La Chimba o en los faldeos de Cerro Moreno, y gracias al influjo del P. Gustavo Le Paige, por entonces director del Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama, y de otros, tomé la dura decisión de abandonar la carrera eclesiástica y volver a las aulas a estudiar Antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), durante cinco años (1965-1970).

Durante mi estadía en la Universidad del Norte, igualmente, tuve ocasión de tratar con los físicos Carlos Espinosa Arancibia, Ricardo Zuleta y el jesuita uruguayo P. Germán Saa, y conocí con ellos de cerca y visité sus primeros trabajos de recolección de agua de niebla en la mina Andrómeda y Cerro Moreno. En esos años, tuve la suerte de visitar algunos salares cerca de Chuquicamata, con el arqueólogo norteamericano Edward P. Lanning quien me motivó poderosamente, al igual que Le Paige, por los estudios de arqueología. Salidas a terreno con geólogos como Carlos Klohn y algunos geólogos norteamericanos que visitaban San Pedro de Atacama en esos años (1963-1965) me hicieron comprender los enormes cambios ocurridos en el paisaje el desierto, desde la época del período

pluvial y los lagos interiores de fines del Pleistoceno, hoy salares de altura. Ellos “leían” ante mis ojos el paisaje que yo simplemente miraba, sin entender una palabra.

Mis ocho años pasados en el Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1973-1980) me permitieron no solo discutir tópicos con los geógrafos, sino también leer y entender sus escritos. Más aún, tuve la fortuna de poder crear y dirigir una revista del Instituto de Geografía (*Norte Grande*), en cuya redacción intervinieron decididamente los geógrafos, pero a la cual di yo un giro interdisciplinario. Un curso de geomorfología costera que tuve la fortuna de seguir en Santiago con el francés Dr. Roland Paskoff, me abrió el horizonte para entender mejor el poblamiento costero a la luz de las terrazas costeras.

Sobre la base de mi propia experiencia personal, siempre he preconizado la suma conveniencia de abrirse lo más que sea posible al aporte de otras ciencias, para poder comprender en su complejidad y totalidad el problema del poblamiento humano de un determinado lugar. Para mí -como para muchos/as otros/as- la interdisciplina es esencial para poder entender la arqueología en Chile, máxime en el norte desértico del país. No concibo una arqueología verdaderamente fructífera que no esté fuertemente apoyada por la geografía (física y humana), la geomorfología, la geología (hidrogeología), biología (en especial botánica y zoología) en el ámbito de las Ciencias Naturales. Y, respecto de las Ciencias Sociales, en el aporte insustituible de la historia (etnohistoria), la demografía y la lingüística. Como es imposible que un solo individuo profundice en todas estas áreas a la vez, el arqueólogo debe estar siempre dispuesto

a consultar a otros especialistas sobre los problemas e incógnitas que surgen continuamente en su trabajo de campo.

Sin embargo, es muy aconsejable que el/la futuro/a arqueólogo/a estudie, además de su propia especialidad, algunas otras disciplinas conexas de la ciencia, que le entreguen una mayor amplitud y versatilidad a su mente para mirar la multiforme realidad que excava o encuentra, ayudándole a considerar el problema desde varios otros posibles ángulos de mira. Tengo la impresión, viendo los trabajos actuales de arqueología que se publican en Chile, que se ha avanzado mucho en este sentido (si lo compramos con los escritos de la década de 1950 o 1960), pero aún no lo suficiente. La tendencia actual a acortar el período de los estudios universitarios, es, a mi juicio totalmente equivocada. Debería ser justamente al revés.

Concretamente, observo en algunos/as jóvenes arqueólogos/as y sus trabajos recientes un desconocimiento en ciertas áreas que me parecen vitales para comprender una determinada forma de poblamiento. Me refiero a la ignorancia que es dable observar hoy en los postulados básicos en ciencias como la lingüística comparada, la biología, la demografía o la geomorfología, la química o la física. Por ejemplo, el aporte de la biología y sus ramas (botánica, zoología), en los trabajos de arqueología que han adquirido gran desarrollo en Europa (como a través de estudios del polen, esporas y trazas vegetales) o el examen de los elementos químicos de los suelos, o el aporte de la física a través de los datos que nos arroja el electromagnetismo o conductibilidad eléctrica para el estudio del subsuelo o del fondo marino (para el estudio de los pecios), es aún un área muy nueva e in-

ciente en Chile. Veo todavía a los/as arqueólogos/as demasiado encastillados/as en su propia disciplina, la que debe ser complementada con el enfoque y técnicas de otras disciplinas que estudian el hábitat bajo otros prismas de observación. Para esto, es muy recomendable que los/as estudiantes participen activamente en trabajos de campo de otras disciplinas estudiantiles del ecosistema y sus habitantes, desde la paleontología hasta la geomorfología.

El contacto estrecho con otros investigadores en el trabajo de campo, fue la lección que me dejó mi participación activa en la revista *Expedición a Chile* entre los años 1975-1978 y sus investigaciones de campo anexas. Allí el haber compartido las observaciones y descubrimientos del biólogo marino (Juan Carlos Castilla), del botánico (Guillermo Schilling), del entomólogo (Luis Peña Guzmán), del geógrafo (Hernán Santis) o del zoólogo (Jürgen Rottmann), fue algo enormemente enriquecedor. El panorama de la interacción humano-naturaleza se amplió considerablemente y nos enseñó no solo a respetar profundamente el trabajo de otros colegas del campo científico, sino también a incorporarlo, en la medida de lo posible, al propio quehacer antropológico.

En el campo del estudio de las nieblas costeras camanchacas, tanto en los cerros de El Tofo (región de Coquimbo, 1980-1984) como en Alto Patache (región de Tarapacá, 1997-2015) (figura 8), tuve la suerte de trabajar codo a codo con geógrafos como Pilar Cereceda de la Universidad Católica, ecólogos vegetales como Rodolfo Gajardo, climatólogos como Humberto Fuenzalida Ponce, ingenieros forestales como Guido Soto o ecólogos como Fernando Santibáñez, cuya experiencia en terreno trate de absorber



Figura 8. “Terminando de instalar un atrapanieblas de 40 m2 de malla raschel hacia los 800 msnm, en el oasis de niebla de Alto Patache, año 2007”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología.blogspot.com

rápido, aprendiendo el nombre y el hábitat de gran número de especies forestales, tanto nativas como exóticas. Estuve algunos años a cargo de pequeñas estaciones meteorológicas tanto en El Tofo, como en Alto Patache, realizando mediciones sistemáticas de velocidad del viento, humedad ambiental o del suelo, o evaporación, y controlando los diversos aparatos de la estación. Estas experiencias me hicieron comprender la importancia de la meteorología en el desarrollo y evolución del paisaje habitado o transformado por el hombre.

Mi tesis de Título en Arqueología en México (Larrain 1970) tuvo un fuerte énfasis en geografía, así como en etnohistoria, vinculando muy estrechamente ambas disciplinas. Mi tesis del Magister en Antropología (Larrain 1978) se orientó más bien en etnohistoria, al estudiar desde el punto de vista demográfico, las comunidades de pescadores-recolectores cambios en el siglo XVI a través de la información histórica publicada. Por

fin, mi tesis de Doctorado en Antropología Cultural (Larrain 1984) versó sobre un estudio demográfico de la Sierra Norte del Ecuador en el siglo XVI, en base a fuentes históricas. O sea que, de acuerdo a esto, mis estudios se movían siempre entre la historia, la demografía y la geografía, como disciplinas básicas, siendo el enfoque demográfico una consecuencia directa de la relación estrecha entre cultura humana y medio ambiente.

Esta íntima relación está a mi modo de ver, a medio camino entre un “posibilismo ambiental” observable en un Karl Wittfogel y un “determinismo” clásico, atribuido al alemán Friedrich Ratzel. Fui fuertemente influenciado en mis lecturas por los geógrafos como Carl Sauer, Carl Troll, y por los antropólogos investigadores de la ecología cultural como Alfred Kroe-

ber, Robert Heizer, Julian Steward, Clark Wissler, Karl Butzer o Marshall Sahlins. Leí y medité todas las obras del australiano Gordon V. Childe, pero su exacerbado materialismo histórico me repelió por ser contradictorio con las experiencias de vida de los indígenas fueguinos tal como nos han sido transmitidas por los antropólogos que los estudiaron en detalle (Anne Chapman, Martin Gusinde, entre otros). Especial interés puse en la lectura de los trabajos de los arqueólogos norteamericanos en el suroeste de los Estados Unidos, donde se ha dado un notable interés por la relación entre cultura humana y paisaje natural, con énfasis especial en la ecología cultural. Esta forma de hacer antropología de campo, de fuerte énfasis ecológico, ha permeado todos mis trabajos hechos en Chile.

En su carrera investigativa, además de sus exploraciones de campo, debe destacarse su trabajo como lector, principalmente de crónicas, relatos, diarios de viajeros y exploradores, entre otros materiales. ¿Cómo definiría tales escrituras?, ¿cómo analiza las dificultades de su propia “exégesis” de estos textos?

Efectivamente, en íntima relación con la pregunta anterior, me atrevería a decir que busqué afanosamente en varios de mis trabajos de titulación toda la información histórica disponible a través del relato de viajeros -científicos o no- que nos pudieran arrojar luces sobre el modo de relacionarse con la naturaleza de los grupos humanos. Y creo haber hallado mucha información al respecto, la que ilumina bastante bien -aunque no tanto como uno hubiese querido- la relación del grupo humano con el medio natural y sus componentes los ecosistemas. En eso consiste, precisamente, el estudio de la ecología cultural que tantos conocimientos nos ha arrojado sobre el modo y forma de poblar, ocupar o disponer del espacio.

Algunos de estos viajeros han descollado notablemente en este aspecto, como es el caso en el norte de Chile del sabio Philippi y en menor grado de viajeros como Isaiah Bowman, William Bollaert, Francisco Javier San Román o el mismo Luis Riso Patrón, autor del *Diccionario Geográfico de Chile* (1924). Sobre este mismo tema he editado un capítulo especial en mi blog (Larrain 2020c). En este trabajo se explica latamente por qué y cómo he llegado a seleccionar y destacar a estos autores como verdaderos “pioneros de la Eco-antropología”. El caso de Philippi es particularmente señero, gracias a sus notables conocimientos previos de la geología, botánica y zoología.

Creo que la lectura asidua y atenta de numerosos relatos de viajeros y exploradores de nuestro norte y sus descripciones ha contribuido poderosamente a despertar en mí la idea de establecer una “subdisciplina” de la Antropología, con el nombre de “Eco-antropología”. Y me parece cada vez más -mientras más pienso en ello- que tal denominación sería correcta y aparentemente muy necesaria. La antropología cultural que se escribe suele estar muy marcada por el enfoque social y aún filosófico, donde se emparenta evidentemente con la sociología, dejando en la penumbra las formas

concretas y perceptibles de dependencia del ambiente natural: su *oikos* y morada. Pero este enfoque suele ser demasiado “sociológico” -que me perdonen los sociólogos- y generalmente suele estar muy teñido y circunscrito a teorías de uno u otro signo y origen (algunas muy discutibles), y no refleja o explica en forma suficiente su forma concreta de existir y poblar. Sé perfectamente que esta última afirmación no será, tal vez, del agrado de mis amigos los antropólogos sociales, pero así lo siento y expreso en este relato de carácter testimonial.

Ud. ha sido uno de los pocos académicos de las Ciencias Sociales que ha desarrollado un blog personal, la conocida página Eco-Antropología. ¿Qué reflexión puede hacer acerca de su propio trabajo de “autoarchivo”, el acopio de sus materiales en internet, y la generación de plataformas de difusión y transmisión del conocimiento antropológico?

Debo ser muy sincero. La idea de crear este blog de difusión cultural me fue infundida por dos de mis ex alumnos de la carrera de Antropología de la Universidad Bolivariana de Iquique, Gonzalo Garcés y Luis Pérez. Ellos, en latas conversaciones, me insinuaron que mi rica experiencia de vida con largas permanencias en Argentina, México, Ecuador y Perú, además de mis años en Alemania y Francia, no debería perderse y me “forzaron” a iniciar este blog en el año 2006. Ellos me enseñaron el procedimiento técnico, y de ello les quedaré siempre eternamente agradecido. Mi antigua costumbre de llevar un diario de campo o bitácora personal (Larrain 2008b), donde he registrado prácticamente todos mis movimientos, reflexiones o hallazgos, suministraba, es verdad, una verdadera mina o cantera de donde extraer muchos materiales para el blog.

El enfoque de esta bitácora quedaba dado por su título mismo: la Eco-antropología, es decir todo lo referido al grupo humano y su actuar en relación íntima con la naturaleza, su morada habitual. Al día de hoy (octubre 2020), ya llevo escritos 103 cuadernos donde he ido relatando, viajes, charlas, conferencias, hallazgos arqueológicos u observaciones de todo tipo: folklórico, etnográfico, arqueológico, geográfico, botánico o zoológico. Antes del año 1972, escribí muy pocas páginas, y sólo ocasionalmente, con motivo de algunas investigaciones de campo. De la década del 1960, conservo, pues, pocos recuerdos escritos, los que he estampado a propósito de mis descubrimientos de conchales arqueológicos al norte de la ciudad de Antofagasta. A partir del mes de noviembre de 1972 comencé a escribir en forma asidua y frecuente, relatando todo lo que me sucedía. Debo esta inicia-

tiva a mi buen amigo el entomólogo Luis Peña Guzmán, quien en una expedición a terreno dirigida por él, en noviembre del año 1972, casi me obligó a llevar un diario de campo para ir anotando las observaciones día a día. Lo que le agradezco hasta el día de hoy.

El blog actualmente es para mí un instrumento precioso para seguir publicando pequeñas reseñas, sea con materiales y experiencias extraídas pacientemente de mis diarios de campo, sea observaciones o reflexiones sobre circunstancias, hechos o lecturas que me ha tocado vivir o presenciar. Pero siempre bajo el foco iluminador de la Eco-antropología. Desligado actualmente de la vida universitaria activa, el blog constituye hoy para mí una forma de cátedra dirigida al mundo entero. Observo que tiene lectores en todo el mundo, gracias al sistema de traducción instantánea, por lo que adquiere una difusión muy superior a la propia de la edición de libros impresos. Esta actividad reflejada en los 320 capítulos editados, me mantiene vigente y activo intelectualmente a pesar de las limitaciones im-

puestas por mi edad y me permite intercambiar comentarios, pensamientos y reflexiones con mis numerosos lectores.

Sobre la base de esta experiencia, aconsejo vivamente a los investigadores del área de la antropología y ciencias de la naturaleza que lleven pacientemente un diario de campo personal, donde estampen, en detalle, todo lo que les ocurre, o todo lo que les ha tocado presenciar o vivir, que sea digno de mención y registro. Veo que muy pocos lo hacen, pues requiere mucha paciencia y dedicación -véase a este respecto lo que hemos escrito sobre el diario de campo (2008b)-. A lo largo del tiempo, el material acumulado en el diario de campo ofrecerá excelentes oportunidades de construir nuevos capítulos del blog, tal como nos ha ocurrido a nosotros. Como simple botón de muestra puedo señalar que el artículo referido al modo de hacer y llevar un diario de campo ha sido, de lejos, el más visitado y leído de todos, en especial por estudiantes de varias disciplinas cuya utilidad queda allí mismo refrendada por sus propios comentarios.

Cuando se evalúa su carrera como investigador sorprende de inmediato que si bien Ud. posee una importante producción de obras escritas y ha dirigido variadas investigaciones, por alguna razón su trabajo y trayectoria es en general poco considerada en los medios antropológicos y arqueológicos chilenos. ¿Estaría de acuerdo con esta observación? ¿Por qué cree usted que ocurre este fenómeno de invisibilización de su figura y obras entre sus pares?

Esta pregunta no es nada fácil de contestar pues me obliga, por necesidad, a traer a colación segmentos autobiográficos de mi vida académica, bastante desconocidos en nuestro medio. Cuando decidí partir a estudiar Antropología a México, no existía aún esta carrera en Chile. La más cercana era la carrera de Historia, especialidad que siguieron en ese tiem-

po varios de los futuros arqueólogos. Yo quería estudiar Antropología, no Historia. A fines de 1964, obtuve una beca de la O.E.A. y partí en enero de 1965, a matricularme como alumno regular en la carrera de Antropología que se daba en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la UNAM. Por entonces, estaba a punto de cumplir mis 36 años de edad, habiendo

pasado como jesuita veinte años exactos en dicha Orden religiosa. Para mí, esto era entrar en un mundo enteramente nuevo, ahora como seglar y soltero. Otros a esta misma edad tenían ya largo camino recorrido y habían ya formado familia. De este modo, fue bastante duro para mí volver a las aulas, sentado entre mis compañeros mexicanos, que eran prácticamente todos 12 o 15 años menores que yo. Tenía eso sí la gran ventaja sobre ellos de dominar varios idiomas (francés, inglés y alemán, además del griego y latín), gracias a la sólida formación recibida en la Compañía de Jesús.

Seguí la carrera de Antropología durante cinco largos años, al mismo ritmo que mis compañeros, pues no se me reconoció absolutamente ningún curso seguido con anterioridad durante mi carrera religiosa. El espíritu laico de la universidad mexicana miraba -creo yo- con cierta suspicacia mis antecedentes religiosos. Varios de mis profesores eran españoles, refugiados en México tras la Guerra Civil Española (1936-1939) y mi calidad de católico y ex-jesuita, les resultaba, por decir lo menos, extraña. Con varios de estos profesores trabé con el tiempo, sin embargo, una sólida amistad y en particular uno de ellos, el catalán Dr. Pedro Bosch Gimpera, antiguo rector de la Universidad de Barcelona y prestigiado prehistoriador europeo, sería posteriormente mi director de tesis (1970). Terminada mi carrera en México (enero 1970), se dio la extraña oportunidad de un ofrecimiento de beca para hacer estudios de doctorado en Estados Unidos, en el recién creado Departamento de Antropología en la *State University of New York*, en Stony Brook, Long Island. A falta de postulantes mexicanos que cumplieran los requisitos exigidos, postulé y fui aceptado. Aquí, nuevamente, me encon-

traría con distinguidos profesores españoles, igualmente antiguos refugiados; entre ellos recuerdo con especial deferencia a Pedro Armillas, arqueólogo, y al Dr. Pedro Carrasco, antropólogo social, de los cuales recibiría varios cursos durante el doctorado. Otro de mis estimados profesores de ese período fue el Dr. Edward Lanning, eximio especialista en arqueología peruana, a quien conociera desde los tiempos de Le Paige en San Pedro de Atacama. Lanning me distinguió desde mi llegada con su cercanía y generoso apoyo en mis estudios, pasando a ser uno de sus discípulos preferidos.

A fines de 1971, completados ya los cursos para el Magister y aceptada mi tesis de Maestría, regresé a Chile, casado y con una hija pequeñita, concretamente a la Sede de Arica, perteneciente por entonces a la Universidad del Norte de Antofagasta, donde se me había conservado intacto el puesto de docente e investigador. Así, me incorporé en Arica al grupo de trabajo conformado por Percy Dauelsberg, Guillermo Focacci, Luis Álvarez y Sergio Chacón, a quienes había conocido y con quienes había excavado en 1964 un túmulo en el valle de Azapa.

A poco de llegar a Chile y estando incorporado en la Universidad del Norte en Arica, desde los inicios del año 1972, inicié contactos con la Sociedad Chilena de Arqueología por sugerencia de Percy Dauelsberg. Envié mi documentación completa y mi título de arqueólogo por la Escuela de Antropología e Historia de la UNAM (1970). Aquí empezaron los problemas. Se me exigía un documento de la Embajada de México que acreditara que mi título era auténtico. No me fue posible obtenerlo. Durante algunos meses insistí hasta que me cansé de tanto trámite. Por desgracia, no hallé acogida a mi solicitud,

tal vez por exceso de trabas burocráticas. Como, por otra parte, la Universidad del Norte me reconocía mi título que muy amablemente me había hecho llegar a Chile el Dr. Bosch Gimpera, no volví a insistir nunca más.

En aquella época tan polarizada del país, las declaraciones de tipo político-partidista de algunos conocidos arqueólogos chilenos me molestaron plenamente. Para mí, la ciencia es por esencia no-partidista (o mejor dicho: supra-partidista) y yo discrepaba profundamente de algunas declaraciones que serían emitidas muy poco después en el Congreso del Hombre Andino en Arica, en 1973, por algunos arqueólogos y antropólogos. Recuerdo el empeño de ciertas autoridades de mi propia Universidad por convencernos de que debíamos adscribirnos a un determinado partido político. Lo que siempre rechacé con energía. Por estas razones, me pareció entonces que no tenía mucho sentido práctico la incorporación a una Sociedad tan fuertemente politizada. Esta decidida posición fuertemente a-política me costó el puesto de arqueólogo que alcancé en el año 1972 en el Museo Regional de Iquique, por entonces regentado por la Universidad del Norte. A mediados del año 1972, fuimos despedidos del Museo por decreto del entonces director de la Sede de Iquique, el señor Jorge Godoy, tres personas contratadas para trabajar en el Museo, Jorge Checua Jeria, María Cristina Mardorf Rojas y el suscrito. La razón era evidentemente una venganza política: se nos tildaba de “momios”. Todas las posteriores acciones legales interpuestas en nuestra defensa, resultaron totalmente inútiles. No se nos otorgó compensación alguna. La politización de la justicia en el Iquique de entonces, resultó demasiado evidente.

El hecho de mi decisión de dejar el norte con mi pequeña familia y partir a Santiago, me permitió postular en el mes de marzo del año 1973 al Instituto de Geografía de la Universidad Católica. Yo mantenía desde hacía dos años estrecho contacto con algunos geógrafos de ese Instituto con intereses comunes en estudios en la Pampa del Tamarugal.

Rodeado de geógrafos, me conectó de inmediato con las investigaciones de índole geográfica que venía haciendo el Taller del Norte Grande, en la Pampa del Tamarugal. Seguí, además, en este Instituto cursos de Fotointerpretación y Geomorfología Costera con los profesores Luis Velozo y Roland Paskoff, destacado geomorfólogo francés.

Me refugié en los turbulentos años siguientes en el Instituto de Geografía y sus actividades, y pronto fui nombrado director de la naciente revista *Norte Grande*, que editara su primer número en 1974. Aquí pude realizar, como arqueólogo y antropólogo mis investigaciones y trabajos con calma y sin problemas, asumiendo además algunos cursos en la carrera de Geografía e incorporándome de inmediato al Taller del Norte Grande, dirigido por el geógrafo Hugo Bodini Cruz-Carrera, director entonces del Instituto. Incluso llegué a ser nombrado, sin ser yo geógrafo, director del Departamento de Geografía de Chile.

Mi trayectoria de investigación se ha desarrollado, a partir de entonces, en forma predominante, en relación muy estrecha con el norte desértico del país. En julio del año 1980 fui exonerado del Instituto de Geografía en un momento de severa reestructuración universitaria general en el país. Aquel fatídico año 1980 salieron 600 funcionarios de la Universidad Católica por reestructuración aca-

démica. Sólo del Instituto donde laboraba, salieron alrededor de 12 personas. El período 1980-1985 fue sumamente duro para mí desde el punto de vista económico. Tuve que hacer de todo para sobrevivir: traductor, conferencista, escritor en diarios de artículos de difusión científica, encargado del predio agrícola de “El Tofo” en estudios de captación del agua de la niebla (camanchaca), en CONAF La Serena, etc. Mi currículum y títulos me permitieron volver nuevamente al norte, a la Universidad de Antofagasta, en 1985 al ganar una propuesta pública.

Debo agradecer, durante ese severo período de angustia económica, el gran apoyo recibido de Pilar Cereceda, geógrafa, con quien continuamos las investigaciones sobre la niebla costera en El Tofo (1980-1983), del ingeniero forestal Guido Soto, director de la CONAF IV Región, del sociólogo Hernán Godoy Urzúa, del matemático Alberto Vial Armstrong, o del entomólogo Luis Peña Guzmán, entre otros más.

Este largo *excursus* me pareció necesario para poder hacer entender por qué, casi insensiblemente, me fui alejando más y más de la antropología, sus conferencias, sus reuniones y congresos, así como del contacto directo con antropólogo/as y arqueólogo/as, entonces cobijados/as, casi todos/as o en museos o en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile o de la Universidad de Concepción. A este cuadro, debo añadir que, durante ese período de terrible politización del país, los colegios profesionales de arqueólogo/as y de antropólogo/as se abanderizaron pública y políticamente, y se aliaron con sectores de extrema izquierda, dominados por el marxismo, con los que yo no concordaba en absoluto. A mi modo de ver, el abanderizarse políti-

camente me ha parecido siempre un gravísimo error para una ciencia que debería ser siempre, como tal, políticamente neutra, si realmente se quiere aprovechar todas las fuerzas humanas disponibles en beneficio directo de las clases sociales más desamparadas. La ciencia no tiene ni puede tener un color político determinado. Por eso, discrepé y discrepo hasta el día de hoy de sendas declaraciones rimbombantes de los colegios profesionales de la época del presidente Allende y aún posteriores (y hasta recientes) que más parecen vibrantes slogans y propaganda política que sesudas reflexiones en relación a determinados hechos de violencia ocurridos en el país.

Mi participación activa en trabajos de geografía y cartografía de Chile, acompañando por años a los geógrafos, como en el caso concreto de mi obra *Etnogeografía* (1987) y de numerosos artículos en revistas especializadas de geografía o meteorología, me transformó, de facto, en un geógrafo *sui generis*, más cercano a los geógrafos que a los antropólogos, mi *locus* disciplinar originario. De esta curiosa combinación de geografía, historia, biología y antropología (arqueología), nacerá el concepto que acuñé de Eco-antropología, como una disciplina particular de la Antropología. Por esta misma razón, he participado en mi vida académica mucho más en congresos o reuniones de Historia o de Geografía y aún de Zoología que de Antropología o Arqueología. Tal vez por esto mismo mis colegas arqueólogos apenas me conocen salvo aquello/as poco/as, ya maduro/as, con los cuales he podido, a lo largo de mi vida académica, tratar y discutir temas comunes.

A este propósito, quisiera señalar que la gran cantidad de trabajos y estudios que he editado para mi blog Eco-antropo-

logía, referidos en general a los pescadores changos y/o a sus antecesores históricos y a su ambiente ecológico, editados allí a partir del año 2008, lamentablemente no han merecido ser citados por los investigadores chilenos en sus trabajos especializados recientes sobre el tema Chango, como lo hemos podido verificar en alguna bibliografía reciente (*cfr.* Castelleti 2019; Nayib Hasén 2012; entre otros). Déficit que no deja de sorprendernos y que en el futuro considero habría que corregir si se quiere ser fieles a la prioridad testimonial. Los trabajos publicados en internet bajo la modalidad del blog constituyen *per se* y son propiamente “publicaciones” del autor, las que, por tanto, merecerían ser citadas como tales. Esto se debe a la creencia de que tales trabajos editados en internet no merecen ser consultados y citados, o simplemente a su total ignorancia y/o desconocimiento. Es esta mi humilde opinión, aunque no sé si es compartida por la “Academia”.

El problema inherente a trabajar en los límites o linderos de una determinada disciplina o, si se prefiere, en el área de la confluencia de varias disciplinas (tal como aquí se da el caso de la arqueología

que roza a la geografía, o de la etnografía que queda en el límite con la geografía, a demografía y las Ciencias Naturales), es que no se sabe muy bien qué eres o cómo te defines. ¿Soy yo un geógrafo particularmente interesado en la arqueología de los asentamientos humanos? ¿O, más bien, un arqueólogo que usa la metodologías etnográficas y geográficas? ¿O un etnógrafo con énfasis geográfico? ¿O tal vez, un etnohistoriador aficionado a la geografía y a las ciencias de la naturaleza? Me he sentido bastante identificado en mi vida académica con los trabajos del geógrafo alemán Friedrich Ratzel (1844-1904) y su gran obra *Anthropogeographie* (1891), y no comparto la adscripción que suele achacársele al determinismo cultural, tema que he tratado en otra parte (Larrain 1987). Así, para evitar que se me endose una adscripción equivocada, he preferido auto-definirme como “eco-antrópologo”, es decir un estudioso de las culturas humanas en su íntima relación con su morada natural, la que debe ser previamente examinada y a través de la cual se explican muchas de sus características culturales, pero no todas.

Finalmente, cuéntenos un poco cómo surgió la iniciativa del Museo de Antofagasta y su participación en el grupo que dio inicio a este museo, con Bernardo Tolosa y María Cristina Mardorf. Aclárenos la relación generada entre la Iglesia Católica y la arqueología en aquellos años.

No fui yo el fundador del Museo Regional de la Universidad del Norte, sino Bernardo Tolosa e Ingeborg Lindberg, fuertemente apoyados por el entonces vicerector de la universidad, el jesuita Alfonso Salas Valdés, gran entusiasta del museo, y por el arquitecto antofagastino Carlos Contreras Álvarez, ambos ya fallecidos hace largo tiempo. Carlos Contreras, con una generosidad sin límites

y gratuitamente, nos ayudaba haciendo planos y mapas para adornar las paredes del pequeño museo, como también colaboraba haciendo los dibujos para publicaciones de Tolosa sobre arte rupestre. Contreras era además de arquitecto y pintor, un excelente dibujante y amante de la música. A mí me encantaba visitarlo -lo que hice a menudo- en su amplia casa de calle Latorre para pedirle ideas y

favores para el museo. También nos hacía valiosas sugerencias de tipo museológico el historiador don Oscar Bermúdez Miral, obligado visitante semanal de nuestro museo, siempre intrigado por conocer y escuchar de nuestros labios detalles sobre nuestros descubrimientos arqueológicos relativos a los changos, tema que le apasionaba en forma muy especial y sobre el cual escribió sendos artículos.

María Cristina Mardorf se incorporó al Museo en el año 1964, luego de titularse en la Universidad Católica como Profesora de Historia y Geografía (1962) con una tesis sobre *Estaciones Experimentales Agrícolas de la Pampa del Tamarugal*, revisada por el hidrólogo Octavio Castillo Urrutia. Ella nos acompañó en varias de nuestras excursiones arqueológicas por la zona costera norte de Antofagasta, como también lo hacían nuestros invitados ocasionales, los jóvenes estudiantes de Biología en la sede de la Universidad de Chile en la ciudad, Sres. Dino Azúa, Agustín Llagostera Martínez y otro joven de apellido Maldonado. De entre ellos, Llagostera, que estaba terminando sus estudios de Biología, se dedicará muy pronto de lleno (¿influenciado tal vez por nosotros?) a la arqueología, especialidad donde ha descollado de manera brillante. Otro de nuestros ocasionales apoyos en terreno fue el joven Hugo Alonso, por entonces estudiante avanzado de Química en la misma universidad.

En mis excursiones semanales en busca de conchales arqueológicos y/o de restos indígenas, casi siempre me hice acompañar por estudiantes o empleados de la Universidad del Norte, mi *Alma Mater* (figura 9). Rara vez salí solo. Recuerdo también un par de excursiones hechas con el sacerdote jesuita P. Enrique Álvarez Castro, compañero en la universidad y muy aficionado a la arqueología,

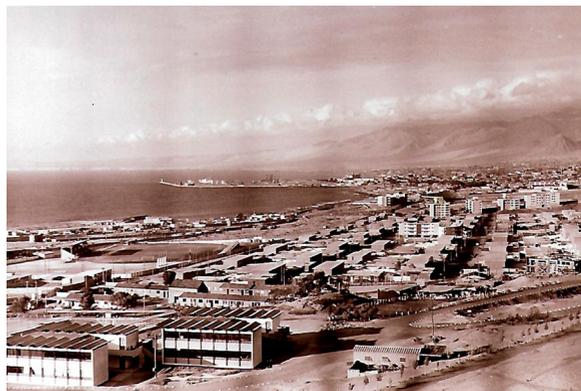


Figura 9. “Universidad del Norte sede Antofagasta, enero 1965”. Fotografía de H. Larrain, Eco-antropología. blogspot.com

con quien descubrimos varias piezas líticas redondas, talladas en arenisca, semejantes a las de la cultura Huentelauquén, a las que dimos por entonces poca importancia. Una de las últimas expediciones a fines del año 1964 fue a la base de Cerro Moreno, junto a la aguada del mismo nombre. Aquí hicimos, al medio del conchal, en la terraza marina, una trinchera de un metro de ancho (figura 1), constataando la presencia de gran cantidad de material cultural de los antiguos pescadores (Larrain 2008a).

Respecto a su pregunta sobre la relación Iglesia Católica y arqueología, puedo decirle que ésta fue enteramente circunstancial. Le Paige inició su casi frenética búsqueda arqueológica desde su arribo a San Pedro, totalmente por cuenta propia. Y empezó a acumular en el patio posterior de la casa parroquial infinidad de objetos y momias arqueológicas que yacían en estantes provisorios. Tomé fotos de estos materiales arrumbados en el patio, fotos que presté al arqueólogo Lautaro Núñez y que algún día espero recuperar.

El primer rector y fundador de la Universidad del Norte, el jesuita Gerardo Claps Gallo siempre lo apoyó en esta ta-

rea. Tenía Le Paige su museo ya instalado, actuando hasta allí en forma totalmente personal, cuando recién la universidad y sus rectores Francisco Dussuel Díaz, primero, y Gustavo Arteaga Barros después, toman la decisión de solicitar formalmente a Le Paige la incorporación de su museo a la obra cultural de la universidad, como parte integrante de la misma. A diferencia de Claps, Dussuel y Arteaga en un principio habían mirado con cierto recelo esta actividad de Le Paige en la zona. Me consta personalmente por haber escuchado los comentarios del P. Arteaga al respecto. Recuerdo que hubo discusiones y diferencias entre el rector Arteaga y su vice-rector Salas sobre aquello. Salas lo defendía y admiraba. Por eso mismo, Le Paige se resistía bastante a esta tutela, que él consideraba sumamente “peligrosa” para el futuro de su obra.

Hoy, me imagino que ese recelo inicial fue motivado, a los ojos de los dos sacerdotes mencionados, por la aparente incompatibilidad entre el ejercicio del sacerdocio en la parroquia de San Pedro y la actividad arqueológica y museológica. Para Le Paige, en cambio, tal incompatibilidad no existía y era cuestión de saber distribuir los tiempos. Para Le Paige siempre fue muy claro que era su propia responsabilidad, además del ejercicio sacerdotal de apoyo espiritual a su feligresía, el “dar conocer al mundo a San Pedro y su riqueza arqueológica”, para él de una enorme profundidad temporal. Siempre fue muy enfático en este punto. En mi entrevista al P. Gustavo Le Paige de noviembre del año 1979, 6 meses antes de su muerte, queda esta idea meridianamente clara (Larrain 2010).

Las Canteras, Santiago, Buenos Aires.
Septiembre-noviembre de 2020.

REFERENCIAS

- Arce, I. 1997[1930]. *Narraciones históricas de Antofagasta*. Lama Industriales, Antofagasta.
- Barros Arana, D. 1875. Jeografía etnográfica. Apuntes sobre la etnografía de Chile. *Anales de la Universidad de Chile* 47: 5-12.
- Cañete y Domínguez, P. 1974[1791]. Noticia Tercera: Del Puerto de Santa Magdalena de Cobija y su comarca, con algunas reflexiones importantes sobre si conviene o no fomentarlo de cuenta de la Real Hacienda, editado por H. Larrain. *Norte Grande* 1(1): 82-97.
- Castelleti, J. 2019. Continuidad cultural entre las familias camanchaco-chango paposinas durante los siglos XVIII y XIX, a través del análisis de la categoría social del “agregado”. *Estudios Atacameños* 63: 147-170.
- Cunill, P. 1961. *Atlas Histórico de Chile*. Publicaciones de la Liga Chileno-Alemana con ocasión del Sesquicentenario de la Independencia de Chile. Editorial Zig-Zag, Santiago.
- Larrain, H. 1966. Contribución al estudio de una tipología de la cerámica, encontrada en conchales de la provincia de Antofagasta. *Anales de la Universidad del Norte* 5: 83-128.
- Larrain, H. 1970. *Las Culturas arqueológicas en Chile. Ensayo de una zonificación ecológico-cultural*. Tesis para optar al título de Maestro en Ciencias Antropológicas. Universidad Nacional Autónoma de México, México. D. F.

- Larrain, H. 1974. Demografía y asentamiento de los pescadores costeros del sur peruano y norte chileno, según informes del cronista Antonio Vásquez de Espinosa (1617-1618). *Norte Grande* 1(1): 55-80.
- Larrain, H. 1978. *Análisis demográfico de las comunidades de pescadores Changos del Norte de Chile en el siglo XVI*. A Thesis presented to the Graduate School for the Degree of Master of Arts, in the Department of Anthropology, State University of New York at Stony Brook, Estados Unidos.
- Larrain, H. 1984. *Historical Demography of Northern Highland Ecuador in the 16th Century*. Dissertation presented to the Department of Anthropology, State University of New York, Stony Brook.
- Larrain, H. 1987. *Etnogeografía*. Volumen XVI, Colección Geografía de Chile. Instituto Geográfico Militar, Santiago.
- Larrain, H. 2008a (12 de septiembre). Cerro Moreno expedición arqueológica en 1964. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-anthropologia.blogspot.com/2008/09/cerro-moreno-expedicion-arqueologica-en.html>
- Larrain, H. 2008b (22 de febrero). El "Diario de Campo" o Bitácora: el instrumento número 1 del científico investigador. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-anthropologia.blogspot.com/2008/02/el-diario-de-campo-o-bitcora-el.html>
- Larrain, H. 2010 (16 de junio). Entrevista a Gustavo le Paige, S.J. el 2 de noviembre de 1979. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-anthropologia.blogspot.com/2010/06/entrevista-gustavo-le-paige-sj-el-2-de.html>
- Larrain, H. 2019a (29 de septiembre). ¿Quedan aún grupos indígenas changos en las costas de Chile? Una discusión pertinente en el Chile de hoy. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-anthropologia.blogspot.com/2019/09/quedan-grupos-indigenas-changos-en-las.html>
- Larrain, H. 2019b (25 de octubre). Aportes eco-antropológicos del Capitán Luis Pomar en su expedición a la costa arriera de Antofagasta en el año 1885: Flora, fauna y actividades de sus habitantes originarios, los Changos. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-anthropologia.blogspot.com/search/label/Luis%20Pomar>
- Larrain, H. 2020a (14 de junio). Mis primeros descubrimientos arqueológicos en las cercanías de la quebrada de "La Chimba" (N. de la ciudad de Antofagasta): evidencias halladas a mediados del año 1963. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-anthropologia.blogspot.com/2020/06/mis-primeros-descubrimientos.html>
- Larrain, H. 2020b (14 de febrero). Evangelizando a los grupos Changos de El Papos: Notas antropológicas de una expedición de misioneros en el año 1841. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-anthropologia.blogspot.com/2020/02/evangelizando-los-grupos-changos-de-el.html>

- Larrain, H. 2020c (29 de mayo). Aportes eco-antropológicos de viajeros, exploradores y visitantes al conocimiento de los ecosistemas y de la cultura de los grupos indígenas del Norte de Chile. *Eco-Antropología*. Acceso el 15 de octubre de 2020. <http://eco-antropologia.blogspot.com/2020/05/aportes-eco-antropologicos-de-viajeros.html>
- Larrain, H, F. Velásquez, P. Cereceda, R. Espejo, R. Pinto, P. Osses y R. Schemenauer 2002. Fog measurements at the site "Falda Verde" north of Chañaral, compared with other fog stations of Chile. *Atmospheric Research* 64(1/4): 273-284.
- Larrain, H. en prensa. Análisis de un informe de misioneros referente al modo de vida, población y cultura de los pescadores changos del litoral de Paposo (Región de Antofagasta), durante el verano de 1841. *Hombre y Desierto*.
- Latcham, R. 1938. *Arqueología de la Región Atacameña*. Prensas Universidad de Chile, Santiago.
- Mostny, G. 1954. *Culturas precolombinas de Chile*. Editorial del Pacífico, Santiago.
- Mostny, G. 1964. *Arqueología de Taltal. Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Fondo Histórico y bibliográfico José Toribio Medina, Santiago.
- Nayib Hasén, F. 2012. Changos: Antecedentes para la identificación cultural de los pueblos pescadores de la costa Norte de Chile. *Pacarina del Sur* 3(11): <http://www.pacarinadelsur.com/home/indoamerica/436-changos-antecedentes-para-la-identificacion-cultural-de-los-pueblos-pescadores-de-la-costa-norte-de-chile?>
- Niemeyer, H. 1965/1966. Una balsa de cueros de lobo de la caleta de Chañaral de Aceitunas (Prov. De Atacama, Chile). *Revista Universitaria* 50/51(28/29): 257-269.
- Phillipi, R. 1860. *Viage al desierto de Atacama hecho de orden del Gobierno de Chile*. Librería Eduardo Anton, Halle.
- Ratzel, F. 1891. *Anthropogeographie*. Verlag von J. Engelhorn, Stuttgart.
- Ricardi, M. 1957. Fitogeografía de la costa del Departamento de Taltal. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción* 32: 3-9.
- Riso Patrón, L. 1924. *Diccionario jeográfico de Chile*. Imprenta Universitaria, Santiago.
- Rydén, S. 1944. *Contributions to the Archaeology of the Rio Loa Region*. Elanders Boktryckeri Aktiebolag, Göteborg.
- Schaedel, R. y C. Munizaga 1957. *Arqueología chilena. Contribuciones al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena*. Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, Santiago.

